

velo y zelo del Padre, no pudieron hacerles capaces de recibir el santo Bautismo, lo que le hizo derramar inconsolables lágrimas, no pudiendo remediar la perdición de sus almas, afligiendo también la suya el considerar las malas consecuencias que en la barbarie é ignorancia de los Indios habian de resultar de muertes tan inopinadas.

Quando ya el P. Fr. Antonio se iba acercando al fin de su jornada, sucedió en el Pueblo, que burlándose los Idólatras de las piadosas exhortaciones del P. Fr. Melchor, en el día que la santa Iglesia venera los Dolores de Maria Santísima, y en que tenia inflamada su alma con la consideración de la Pasión de su Hijo, encendían los Idólatras, como á las cinco de la tarde, los fuegos para los sacrificios de sus ídolos, con que honraban á los Demonios; y arrebatado de superior impulso y ardentísimo zelo, se fue con una Cruz en la mano para el adoratorio; pero le impidió la entrada con una lanza uno de los Sacerdotes de los ídolos, por lo que en la misma plaza desahogó su zelo, y detestando sus errores, les amenazó de parte de Dios, que irritado de tan execrables pecados, podía castigarles enviando fuego del Cielo. De todo hacian irrisión los Idólatras, y tomando uno un tizon, le decía: Toma, queima el Pueblo: el Padre le respondió: que él no quemaba casas, pero que Dios podía enviar fuego del Cielo que las abrasara todas en castigo de sus idolatrías y abominables culpas; y retirándose anegado en lágrimas, ellos proseguían en sus bayles y gentílicos desórdenes; pero al anochecer se convirtieron en confusión y horror, porque cayó un globo de fuego, que difundiéndose en torbelli-

nos, encendió todas las casas del Pueblo, no perdonando mas que la en que el Padre estaba, y otras diez á ella vecinas. Enfurecidos aquellos Bárbaros, como poseídos de los Demonios, se arrojaron á vengar en el Padre los estragos de la divina Justicia; pero esta, con oculta fuerza les impedia el intento de quitarle la vida, y sólo les permitió que á empujones le arrojaran al campo, diciéndole que se fuera de sus tierras, lo que hizo, retirándose de allí como una legua.

Antes de amanecer estaba el P. Fr. Antonio, de vuelta de su viaje, no léxos de tan funesto suceso, y los dos Lagandones que quedaron vivos, se adelantaron, segun su costumbre, y al ver las llamas, apresuraron el paso hasta llegar á los suyos, aumentando la turbación de sus ánimos con la intempestiva noticia de las muertes de sus Compañeros. Todo se convirtió en alaridos, llantos y sentimientos; y quando iba á llegar el P. Fr. Antonio, salieron embijados de carbon, segun estilan en sus duelos, y enfurecidos le decian: que se fuese de su tierra, ó si no, moriria, como le habia sucedido á su Compañero, que tenian ya sepultado: y sin perder su natural inclinación, robaron algunas hachas, cuchillos y mercaderías que llevaba, para los principales, forcejando siempre á que retrocediese, y que no llegara á donde el P. Fr. Melchor estaba, porque querían que de hambre pereciera. Pero revestido aquel Varon apostólico de un invicto ánimo, deseando y suspirando por el martirio, les dixo con resolución heroica, que habia de ver á su amado Compañero, ó muerto ó vivo, con lo que aterrados de resolución tan intrépida, se fueron retirando, y el Padre, con

los Indios de Coban, siguió en busca de su Hermano: no estaba muy distante, y hallándole vivo, se estrecharon ambos con recíproco regocijo, alabando al Dios de las misericordias; y en acción de gracias, formaron con ramas un Altar, en que los dos celebraron el sacrosanto sacrificio de la Misa.

Fortalecidos sus espíritus con el Pan de los Cielos, confirieron los sucesos relativos á cada uno, y resolvieron entrar en el Pueblo, para reconvenirles á los principales, con los pactos que ellos mismos se impusieron, y que de su parte veían ya cumplidos; pero á nada les respondian mas, que se salieran de sus tierras, y en tratándose de Dios, y de nuestro Redentor Jesuchristo, blasfemaban diciendo: que el Dios de los Padres, lo fuera para ellos solos, pues era muy bravo, quemando las casas y matando las gentes, que con sus ídolos estaban bien hallados, pues ellos les daban hijos, vida y sustento. Repetían los Padres amorosas y vivas instancias; pero daban sus voces en endurecidos broncees, porque tan obstinados tenían ya los corazones; y solo respondian que se fueran de sus tierras. No se sabe el fundamento que un Escritor de Madrid, sin haber visto aquellos Países, tuvo, para atribuir á algun acaso el incendio que padeció aquel Pueblo; pero el Illmó. Se-

ñor Obispo de Puerto-Rico, que al año siguiente al suceso fue Compañero en aquellas tierras de los Venerables Padres, no dudó referirlo en el Púlpito, y delante de un muy respetable concurso, haciendo el elogio y honras del V. P. Fr. Melchor, y darlo despues impreso, como se ha referido.

Sacramento de la voluntad divina llamó el Apóstol de las gentes á la vocación de los Gentiles, porque es un arcano y alto misterio que en ella está reservado segun su beneplácito: y aunque está decretada para instaurar todas las cosas en Christo, es segun la dispensación de la plenitud de los tiempos, que debe arreglarse al orden de los soberanos Decretos. Por eso, aunque los Venerables Padres instaron algunos dias en probar con eficaces modos si la proterva idolatría y contumacia de aquellos infelices pudiera rendirse, viéndoles mas obstinados en ellas, se resolvieron á esperar la hora de Dios; y contentándose con ofrecer á su Magestad el sacrificio de sus vidas, y el martirio de no morir segun sus deseos, con amargas lágrimas se despidieron de aquellas ingratisimas fieras, esperando de la divina Misericordia, que este amoroso riego fecundara aquellos eriales, para que al tiempo de su cultivo rindieran á su Señor dulces y abundantes frutos.

CAPITULO X.

Caminan los Venerables Padres á Guatemala, y fundando en ella un Hospicio de Misioneros, prosiguen en su ministerio.

EXperiencia mil veces repetida, y siempre comprobada, ha sido en todos los Países de

América, que los Paganos, y mas si son Idólatras, jamás sujetan la cerviz al yugo de la Ley evangélica, si no

refrena su bárbaro orgullo el respeto de las armas. Sin ellas, la inconstancia de sus promesas destruye quanto con las dádivas, paciencia y zelo trabajan los Ministros, y al instante que estos no pueden satisfacer su codicia, ó que les inducen al trabajo para su subsistencia, ó que les reprehenden su paganismo, y se quiere sujetarles á doctrinas, todo lo atropellan, y desertando de la Mision, cometen mil insultos, ó maltratando, ó quitando la vida á los Misioneros, agravan mas sus delitos, é imposibilitan su reduccion, casi sin remedio. Este práctico desengaño que los Venerables Padres hicieron en los Lacandones, les llevaba á Guatemala para informar de toda su expedicion á la Real Audiencia, y llegando á Vera-Paz, hallaron en un Pueblo de Indios Choles, á quatro Misioneros que el Colegio de Querétaro les enviaba de Compañeros.

Todos juntos entraron en Guatemala, y presentaron al Señor Presidente y Real Audiencia la Carta del Padre Guardian, en que suplicaba se sirviesen de asignarles algun lugar cómodo para Hospicio, interin venia la Cédula de S. M. para fundar el Colegio. El dia de Corpus, y diez de Junio de mil seiscientos noventa y quatro, se les concedió y dió posesion, con la mayor solemnidad, del sitio y Capilla del santo Calvario, en el que luego establecieron la regular observancia y asistencia del Coro, con la misma exactitud que se acostumbra en el Colegio. Al mes siguiente fue enviado el P. Fr. Antonio, en compañía del P. Fr. Pedro de la Concepcion y Uriaga, para que en un Pueblo de los Choles aprendiera su idioma, y visitara las Iglesias que el año antecedente se habian erigido en

los otros: y ocurriendo al mismo tiempo el abrir camino por tierra, de Campeche á Guatemala, se empleó en el servicio de Dios con infatigable zelo, y en la compañía de doscientos Indios, ya en catequizar Idólatras, ya en instruir á los Christianos, confesar penitentes, y animar todo el dia con su exemplo á los trabajadores, despues de gastar en la oracion la mayor parte de la noche.

Habia de internarse el sobredicho camino por las montañas de los Lacandones, y aunque para la administracion de las Misiones que en ellas se habian de fundar, iban escogidos y zelosos Ministros de N. P. Santo Domingo y de nuestra Señora de la Merced, el Señor Presidente dió orden para que el P. Fr. Antonio les acompañase en toda la jornada, con confianza que le costó al Padre la mortificacion de sincerarse con persona calificada que á ella se oponia; pero su inalterable y humilde modestia satisfizo á las aprehensiones que se lo daban, y con título de su Confesor, hizo el Señor Presidente que fuese el P. Fr. Antonio, asegurando que no se moveria á dar un paso á las montañas sin su compañía, porque estaba persuadido á que se allanarian todas las dificultades con su presencia, se facilitarían los mayores estorvos con su experimentada industria, y que haria el Cielo felices sus marchas con sus continuas súplicas. Caminaba la Tropa, compuesta de seiscientos hombres de á caballo, en quienes se competían el honor con el lucimiento; pero el Padre iba á pie y planta desnuda, sin que se lo impidieran, para hacer la misma jornada, los muchos atolladeros, lagunas, barrancas y voladeros que por escabrosas sendas á cada paso se ofre-

cen en tierras tan montuosas y quebradas: en cada mansion se rezaba el santo Rosario, y se hacian fervorosas Pláticas para alentar los ánimos Militares y afectos Christianos, llevar con mérito los indecibles trabajos, incomodidades y peligros que les tenia de costa tan importante y gloriosa empresa. A los tres meses fue Dios servido que el dia diez y nueve de Abril entraran el Señor Presidente y todas las Compañías en el Pueblo de los Dolores de los Lacandones.

Al verse el P. Fr. Antonio en aquel Pueblo, que el año antecedente fue el teatro de tan funesta tragedia, no pudo dexar de echar menos la primera persona, que en ella representó la de Jesuchristo, cargado con la cruz de los improperios, desprecios, baldones, é injustos tratamientos con que á su amado Compañero y á él les arrojaron los Indios. Fue esa la última empresa en que gozando de una sociedad amable y estímulo continuo de exemplar religiosidad, oracion y apostólico zelo, le habian obligado al amor y veneracion de Varon tan respetable; y como desde el año de ochenta y quatro les destinó para Apóstoles de los Gentes la obediencia del Superior General, dirigida despues de una oracion fervorosa, por las suertes que dispuso la divina Providencia, ahora que el Señor enviaba nuevos Operarios á su Viña, juzgaron que debian consultarla, para que les diera luz y acierto en el progreso de su Apostolado. Con dictamen imparcial y religioso se dixo la Misa del Espíritu Santo, é invocando su asistencia, echaron suertes en que declarara el destino de cada uno, segun la voluntad divina, y conforme á ellas, fueron separados tan tiernos y amantes Compañeros, y

asignado cada uno para Maestro y exemplar de los otros Misioneros. Grande emulacion de los mejores carismas les ofrecian á estos los riquísimos despojos que en diez años habian ganado sus Venerables Hermanos, pues como la Real Audiencia informó á la Magestad Católica, instruida del Señor Obispo de Nicaragua, y tambien el M. I. Cabildo Sedevacante, pasaron de quarenta mil almas las de los Gentes que los dos Venerables Padres agregaron á la santa Iglesia, y las de los que reduxeron á penitencia en conversiones maravillosas y extirpacion de vicios é idolatrias, solo Dios sabe y puede numerarlas.

Al entrar pues, el V. P. Fr. Antonio solo en aquel Pueblo, daba infinitas gracias al Señor por sus altísimos juicios, y le pedia con intimos afectos el beneficio de la vocacion de todo aquel Gentilismo, y al mismo tiempo iba reconociendo, acariciando y recogiendo aquellas descarriadas y errantes ovejas, que atraídos del paternal amor que habian experimentado desde su primera entrada, y de la benignidad con que en esta segunda les trataba, le solicitaban como asilo y amparo, temerosos de que los Españoles no castigaran sus excesos y les quitaran las vidas, lo que visto por el Señor Gobernador, le hizo determinar que el Padre se quedara allí, creído de que su personal asistencia habia de facilitar los progresos de aquella conquista, con prosperidad mas fundada. A este mismo intento cooperó el respeto y eficacia del M. R. Padre Provincial de la Merced Fr. Diego de Rivas, igualmente zeloso del bien de aquellas almas.

Quedó, en virtud de estos órdenes, el P. Fr. Antonio, acompañan-

do al R. P. Presentado Fr. Blas Guillen, y bendixo el Señor sus trabajos, pues en pocos meses estaban ya aquellos Bárbaros tan dóciles é impuestos en el conocimiento de nuestra santa Ley y divinos Misterios, que pasaron de mil y quinientas almas incorporadas con el santo Bautismo al gremio de la santa Iglesia. A este mismo R. Padre se debe una cumplida y jurada declaración de lo que el P. Fr. Antonio trabajó en los dos años que fue su Compañero, pues con religiosa humildad confiesa en ella, que fue su Maestro, así en el intrincado idioma de aquellas naciones, como en el modo de catequizar y doctrinar á los Indios; y como no mediaba entre la habitacion de su morada y el Altar donde decían Misa mas que una division de carrizos, facilmente pudo ver muchas de las grandes acciones de este insigne Misionero, y observar las de sus mortificaciones y ejercicios religiosos, cuya ordinaria distribucion era, que desde media noche se hincaba de rodillas, y así permanecia hasta rayar el dia. Por lo que se ve, que de tan proliza y constante oracion sacaba el Venerable Padre como de una fuente viva la pureza de una inculpable conciencia, con no pocos indicios de conservar su alma la primera gracia del Bautismo, sin ofuscarla con culpa venial advertida; la varonil fortaleza con que allanaba las mayores dificultades, y abandonaba los riesgos de los caminos y del bárbaro y voluble genio de los Indios; la rara serenidad y paciencia con que toleraba la falta de alimentos y humanos socorros, como si no tuviera necesidad de ellos; y por fin, la caridad fervorosa y vigilantísimo zelo para catequizar á los adultos, y con mas anhelo á los moribundos, ven-

ciendo las astucias del Demonio.

En estas ocasiones sucedia, que este mortal enemigo se disfrazaba en figura de una muger que continuamente concurría anteponiéndose á los Padres, siempre que iban á visitar á los enfermos: conoció el Venerable Padre, yendo con su Compañero á auxillar una moribunda, y le dixo: que tendrian oposicion del Enemigo, en aquella muger disfrazado, y que era necesario vestirse de todo Dios para la empresa: quando llegaron á la casa, hallaron al maldito en la cabecera de la enferma, que con claras é inteligibles proposiciones le persuadia que de ningun modo admitiera el Bautismo: así lo resistió por algunas horas; pero el Venerable Padre levantó los ojos al Cielo, y baxándolos, con severidad miró á la maldita consejera, y con solo esta vista la hizo retirar como diez pasos de la enferma, la que ya cercana á la muerte, pidió con aceleracion el Bautismo, que al punto le administró el Venerable Padre, y murió luego. Fue tal el furor del Demonio, todavia disfrazado, que le dió al Padre tan fuertemente en los pechos, que le arrojó de espaldas al suelo; y queriendo el Compañero castigar tan sacrilego atrevimiento, se levantó con presteza, y le estrechó entre los brazos sin dexarle movimiento, y con seriedad le exhortó á que ocultase el suceso en perpetuo silencio. Todo lo funesto de este raro caso, se convirtió en el siguiente en espiritual consuelo.

Aunque el Venerable Padre se dedicaba con esmero en el catequismo de los adultos, se señaló con un mancebo de robusta salud, tomándolo tan á su cargo, que ya estaba capaz de recibir el santo Bautismo, y de antemano le habia puesto el nom-

bre de Lorenzo. Este se retiró á una sementera que tenia como á quatro leguas de distancia, y asaltándole allí una grave accidente, envió con un pariente suyo á pedir que fuera un Padre á bautizarle: no pudo ir el P. Fr. Antonio, por tener apostemada una rodilla, y al llegar el P. Fr. Blas, le halló en las agonias de la muerte, y como ya estaba bien instruido, le bautizó, y luego dió el último aliento. Pocos dias despues oyó el P. Fr. Blas, que una mañana, cerca de la Aurora, que habian de rezar el Rosario con los Soldados, hablaba el P. Fr. Antonio, y le contestaba otro; y como ninguno podia haber entrado á aquella pieza sin que él le hubiera visto, aunque proseguia la conversacion, no podia percibir con quién era, ni entender lo que hablaban; por lo que lleno de admiracion, le llamó hasta tres veces para el rezo; y saliendo el Venerable Padre alborozado, y con el rostro inmutado de regocijo, diciendo: gracias á Dios, le preguntó: ¿Con quién estaba hablando? Y el Siervo de Dios, aun no bien recobrado de su mental contento, le dixo: Hablaba con nuestro Lorenzo, el que V. P. bautizó: gracias á Dios: el Señor ha hecho esto. Despues observó en el Venerable Padre una abstraccion muy rara, de que infirió que la solitud que habia puesto en catequizar á aquel Mozo, fue por haber sabido su temprana muerte, y que el Señor premiaba su zelo con que le viera predestinado.

Quando parecia que el Venerable Padre descansaba de sus apostólicas tareas, era su oracion mas proliza, porque la tenia tirado en la tierra desnuda, cubierta la cabeza con la capilla, y desnudos los pies hasta cerca de las rodillas, para que los mos-

quitos avivaran con sus aguijones su consideracion y mérito, y si los Indios se los sacudian, les decia: que los mosquitos eran unos pobres, y que los dexasen comer. Son las almas de los Justos sumamente blandas y amorosas, de suerte que extienden su genio compasivo, no solo á los propios, mas tambien á los extraños, ni solo á los hombres, sino tambien á los brutos; y como en esta especie de humanidad, es consecuencia racional que el que es compasivo hácia un bruto, mucho mejor lo será respecto de un hombre, en la consideracion de ser los mosquitos pobres, y en el valor de darles su sangre para que vivieran, manifestaba el Venerable Padre el ánimo generoso y la nimia caridad que en la oracion inflamaban su alma para no temer penalidades, trabajos ni peligros, por dar, aunque fuera á costa de su sangre y vida, el pan de vida y entendimiento de la doctrina Christiana, y la agua que salta hasta la vida eterna, del santo Bautismo, á aquellos pobres y hambrientos Indios.

Deseaba mucho la reduccion de los Mapes, parcialidad de Lacandones; pero se la impidió un grave accidente, por lo que se la encargó á su Compañero; y habiéndoles este visitado, se vinieron con él ochenta Gentiles, lo que animó al V. Padre á volverles á sus tierras consolados, con ir en su compañía, para dar los mas sólidos fundamentos á su conquista, y persuadirles la perseverancia. Era mucha la escasez de semillas que padecia aquella tierra; pero con todo, cargaron con el maiz que se pudo, aunque se pudo decir: que ¿qué era eso para tantos? Luego que el zeloso Misionero se vió en aquellas sierras, en brevísimo tiempo levantó una preciosa Iglesia, formalizó la poblacion y

asentó la doctrina, de forma que era una gloria oír alabar á Dios en el centro de aquellos Bárbaros, como si fueran muy antiguos Católicos: pero en medio de estos progresos, crecía también la penuria, reducidos ya á alimentarse de las raíces y frutos silvestres, en cuya consideracion le envió al Venerable Padre, su Compañero, una petaquilla de maíz, que para él solo era muy limitado socorro: pero el Omnipotente Dios, que arregla y modera las cosas celestiales, juntamente con las terrenas, proveyó el socorro en aquel desierto, porque en mes y medio largo que perseveró allí, no solo no le faltó alimento, sino que queriendo que su Compañero alternara en la nueva Mision, quando éste solicitaba algun maíz que llevar, y no lo hallaba, le consoló diciéndole: que en los Mapes empezaria breve el maíz tierno, y mientras tendria el necesario en la petaquilla que le habia enviado: y fue así, que la halló tan proveida, como si nada se hubiera sacado de ella, por lo que se informó de los Indios y domésticos, de si el Venerable Padre habia gastado ó no, de aquel maíz: y todos declararon, que no solo comía de él, sino que daba á quantos le pedian, y especialmente á los niños; y uno de ellos le mostró la medida con que lo repartia, que era una xicara que haria mas de media libra.

Corone este Capítulo un suceso famoso, pues el método histórico lo exige en este lugar, como propio al orden de los años, y sucedió en los Lacandones, para que se vea también el de los prodigios con que el Señor favoreció á su Siervo Fr. Antonio para la ilustracion de aquellos Bárbaros, ya que su humildad ocultó otros muchos, y solo se han

sabido los que no pudieron dexar de ser notorios. En la primera festividad de Corpus que ocurrió en el Pueblo de los Dolores, no habiendo todavia campanas para solemnizar la Procecion, ni otra alguna música para avivar los afectos; como el amor es muy ingenioso, el que el Venerable Padre le tenia desde sus mas tiernos años al Divinísimo Sacramento, le dictó un arbitrio para suplirlo todo, y que no faltara alguna especie de regocijo, para que aquellos Indios aprendieran la veneracion y culto con que celebra este gran Misterio el Christianismo Católico. Fue pues, el que viendo un toscos instrumento con que los Gentes abultan sus alborozos, reducido á un volumoso madero hueco que llaman Teponahuaste, porque herido de unos mazos hace un ruido como de tambor, pero tan pesado, que para llevarle á cuestras se necesita un Indio robusto, el Venerable Padre se enfaldó el hábito, y como si fuera un calabazo, se lo puso en la palma de la mano izquierda, y con el soquete en la derecha, iba en la Procecion caminando siempre de espaldas, tañiendo, danzando y cantando á un tiempo delante del Santísimo Sacramento, que llevaba su Compañero; pero con saltos tan extraordinarios, que se suspendia en el ayre casi una vara del suelo, y con indecible agilidad formaba las cabriolas, que eran otras tantas reverencias; y como toda la Procecion le andubo en igual forma, exhalando por el rostro una reverente alegría, y sobresaliendo la voz al compás en que cantaba el *Pange lingua gloriosi*, lo miraban pasmados y con admiracion igual los Militares y los Gentes, no pudiendo creer que lo hiciera por solo sus fuerzas naturales.

Con tan devotas y exemplares acciones instruía el Venerable Padre á aquellos ignorantes Pueblos, que viéndolas en un hombre sério y reverenciado de todos por Santo, pues solo este nombre le daban, aunque los reprehendia por ello, hacian en

sus almas la impresion correspondiente á la que les insinuaba con su doctrina: ni era menos la que les causaba el oírle explicar los divinos misterios en su idioma, en el que, para alivio de los Misioneros, tradujo la mayor parte de la Doctrina Christiana.

CAPÍTULO XI.

Llama la obediencia al P. Fr. Antonio para Guardian del Colegio.

Maximas y progresos de su Gobierno.

MUY remoto del destino á que la obediencia llamaba al P. Fr. Antonio, estaba en su ministerio en el Pueblo de San Ramon, quando le llegó la Patente del M. R. P. Comisario General, en que le confirmaba Guardian del Colegio, y le mandaba expresamente que se pusiera luego en camino, lo que executó tan pronto, que en uno hizo dos dias de jornada, llegando al Pueblo de los Dolores entrada ya la noche, para seguir su caminata el dia siguiente, á lo que el R. P. Fr. Blas Guillen, su amado Compañero, no dexaba de oponerse, suplicándole se detuviera aquel dia para aviarle con alguna cosa, pues tenia que atravesar ciento y diez leguas de montaña; pero no siendo posible conseguirlo, dice dicho Padre: «La siguiente mañana fue la del mayor desconsuelo, nunca visto de aquel Pais, porque poblados los ayres en descompasado llanto, salieron conmigo las ovejas conduciendo á su Pastor: reconociendo en su falta su lastimosa horfandad, balaban por aquellos campos hasta los Corderillos mas tiernos: niños, hombres y mugeres descarriadas, lamentaban su dolorosa desgracia de tan amante Pastor, quien hizo

«alto en una Cruz que distaba media legua del Pueblo, para echarnos su santa bendicion y abrazarnos á todos; y era tanta la ternura, que empalían en grande copia las lágrimas, lo que no acertaban las lenguas; y nos dimos los últimos abrazos, separándonos cada qual por su camino, sin que por el mio cesaran las lágrimas.» Siguiendo el Venerable Padre su derrota, sin mas viático que aquel que buscan los grandes espíritus en la Cruz de su Maestro, en pocos dias llegó á la presencia del Superior Prelado. Al pasar por Ciudad Real se entró en la Iglesia de N. P. S. Francisco, y despues de haber hecho oracion al Santísimo Sacramento, se fue derecho á una Señora que estaba cubierta con el manto, y sin preguntarle quién era, ni haberla conocido antes, la saludó, y dió noticia y memorias de su hijo el R. P. Fr. Blas Guillen, su Compañero, y desde allí prosiguió su camino. No solo recibió el Prelado con toda benignidad al P. Fr. Antonio, sino que quiso que le acompañara en el camino, y habiendo ocurrido en un Lugar de todo desproveído el dia de la Encarnacion del

Divino Verbo, se conoció la falta de vino para decir Misa quando ya no tenia remedio. Estaba señalado para decirla el V. Padre, y viéndolos á todos contristados, pidió la botella en que habia habido el vino, y volteándola, fue destilando gota á gota el necesario para una vinagera, lo que visto por el Prelado y su familia, lo atribuyeron á milagro, pues rompida la botella inmediatamente, se vió sin humedad alguna, quando era natural que tuviera pegadas algunas gotas como las otras que acababan de salir.

Era la distancia que le faltaba que andar al P. Fr. Antonio para llegar á Querétaro, de mas de doscientas leguas de malos caminos y peores posadas, por lo que siendo tan manifiesta la necesidad de andar á caballo, conforme al precepto de la Regla, le franqueó el Prelado una Mula para que viniera tambien en su compañía, y muy agradecido del favor, le dixo: que él era mal ginete, y siendo mozo, le acomodaba mas venir á pie, pues sabia bien el camino; razon que satisfizo al Prelado, pero con la condicion de que habian de concurrir juntos en las posadas. Madrugaba mucho el Prelado, quando el P. Fr. Antonio se quedaba confesando, ó en otros ejercicios devotos, pero siempre llegaba al parage primero; y quando la comitiva llegaba, le hallaba, ó predicando en las plazas, ó confesando en las Iglesias; y preguntándole el Prelado: Padre Margil, ¿por donde ha venido, pues no le he visto por todo el camino, no habiendo otro por donde pudiera haber pasado? Respondia con sumision: «Padre nuestro, como soy práctico, tengo mis atajos, y Dios tambien me ayuda.» Cada dia era mayor la admiracion de todos, atribuyendo á espe-

cie de prodigio, en que se renovaban las huellas de los primitivos Varones Apostólicos, que milagrosamente transitaron los ásperos caminos de estos Reynos, y por eso le advirtió uno de sus Hermanos, que se detuviese y entrara en las posadas el último, á lo que obedeció humilde, aunque se privaba de predicar ó confesar ese tiempo, en que tenia su zelo el mas apetecido descanso.

Era sin duda de admirar velocidad tan rara, si se considera que al entrar en los lugares y posadas entonaba el Alabado, con lo que se conmovian todos, y los traía la curiosidad á verlo; y si era medio dia, les exhortaba á que se dispusieran para confesarse, y despues de un breve descanso se ponía á confesar, hasta las tres de la tarde que proseguía su camino; y si era de parte de noche, les convidaba á rezar la Corona de Maria Santísima, y les hacía una fervorosa Plática, instruyéndoles y exhortándoles á hacer una Confesion buena, para lo que les citaba para la madrugada: desde las dos de la mañana se estaba confesando, hasta las seis que decia Misa y daba la Comunión á los que para ella se disponían, y con otra exhortacion á la enmienda de las culpas y temor de Dios, se despedía. Con esta inviolable distribucion, anduvo á pie desde el centro de los Lacandones en el Reyno de Guatemala, doscientas leguas adentro de sus montañas, y las quatrocientas y quarenta que desde dicha Ciudad hay hasta Querétaro, en tan limitado tiempo como el que hay desde once de Marzo hasta veinte y dos de Abril, descontando los dias que tardarian en recibir la Patente firmada en Chiapa; y así, era á todas luces admirable la velocidad con que llegó

al Colegio de Querétaro: supose en éste, estar ya muy cerca, por un pasajero, y regocijada toda la Comunidad, dispuso salir á los extramuros á recibirle, á lo que tambien concurrieron algunos bienhechores y otras personas, atraídas de la fama y deseos de ver á un hombre de quien se decian cosas prodigiosas. A todos agradeció el Venerable Padre su atencion, y con una breve y devotísima plática, dexó llenas de espirituales consuelos sus almas.

Asentó desde luego el Venerable Padre su gobierno con aquel compás de que usan la prudencia mas alta y la humildad mas profunda, para arreglar sus dictámenes, ya dilatándolos, ó ya comprimiéndolos, segun el plan en que se le presentaban los negocios, y la difícil proporcion que pide la diversidad de los genios. Regia el Colegio, con la vara de la justicia que nivelan la Regla Seráfica, y las Constituciones Apostólicas, y sin torcer su rectitud, la llevaba siempre inclinada hácia la benignidad y dulzura; y con ella dirigia á sus Súbditos tan humanamente, que muy apartado de las singularidades en el afecto, no habia quien no se persuadiera á que lograba en su pecho el privilegiado lugar que tuvo en el de Christo su amado Discípulo: en fin, para quitar toda la fuerza á las parcialidades, envidias y quezas, mantenía una igualdad perfecta, que es la balanza y alma de la caridad religiosa; y por eso se acomodaban todos á su gobierno con especial gusto, y deseando cada uno pagarle su paternal afecto, á la manera del que adoraba al Sol, pensando que nacia para alumbrarle á él solo: con este amor y esta confianza, casi todos los Religiosos le eligieron

por su Padre espiritual y Director de sus almas; y así, vino á ser un Prelado que tenia mas Hijos que Súbditos.

Este paternal gobierno le hacía sentir en su corazon el dolor de saber que en el antecedente trienio habia introducido la Serpiente antigua en los corazones de muchos el venenoso influxo de la pasión nacional, paliando su ambicion con apariencias de virtud, y disfraczando su envidia con la capa de zelo; y así, hirió en ellos de forma, que como lo hizo en el Cielo y despues en el Paraíso, resultaron sediciones, parcialidades y disensiones con que se descompusieron las piedras del Santuario, y con ruidoso estrago fueron muchas arrojadas del Colegio. Deseaba el Venerable Padre atraer de nuevo aquellos Operarios, tanto por su bien propio, como porque estando ya instruidos en el Instituto Apostólico, pudieran prontamente trabajar en el de los próximos; y así, quiso estrenar su Gobierno con enviar á un Donado con Cartas llenas de humanidad y dulzura, en que les convidaba en nombre del Señor para trabajar en su Viña; y aunque esta vocacion evangélica no tuvo en todos igual eficacia, pero no fue del todo perdida.

Fatigaban al Siervo de Dios la continua solicitud y anhelo de que todos sus mandatos fuesen arreglados al gusto del Señor, y por eso acudia con instancia al propiciatorio divino, para alcanzar la gracia de que su Magestad fuera el único Prelado del Colegio, y él, solo instrumento para manifestar su santísima voluntad á los Súbditos. En la fe de esta dimision, que declaró doce años despues, le escribía á un Prelado del Colegio: «A mi me ha ido siempre bien, por-

que yo no he sido ni podré ser jamás Guardian ni Presidente, sino que cada noche, como Negrito de casa ó Donadito, digo mis culpas en nombre de toda la Comunidad, y les ofrezco las llaves de toda la clausura, y de los corazones de todos los Individuos, á Jesus y á Maria Santísima, y me voy á dormir sin cuidado. Siendo Jesus y Maria los Guardianes, y V. R. el Siervo de todos, ó mejor la misma nada, Jesus y Maria lo serán todo, y dicho Colegio de la Cruz. Por esta confianza, todas las exhortaciones que en el Confesionario, y especialmente en los capítulos de culpas, les hacia á los Religiosos, eran unos sentimientos ingenuos de su espíritu, dirigidos á la obediencia de la voluntad divina, explicada en las obligaciones del estado en que les habia elegido, de suerte, que podia decirles: lo que vierreis que yo hago, hacedlo luego vosotros. Porque, como un Gedeon evangélico, con la lámpara de las obras en la mano, y el clarín del Evangelio en la boca, apoyaba su doctrina en las divinas letras, y la practicaba en su propia persona.

Esto se veía, en que en todos los actos de Comunidad, de dia y de noche siempre era el primero, y si alguna precisa ocupacion de la caridad se lo impedia, se iba á incorporar con ella aunque estuviera ya finalizándose. Las horas que destinaba para dormir eran desde las ocho á las once de la noche, en que le llamaba el V. Fr. Antonio de los Angeles, y juntos, se leía una doctrina de la V. Madre Agreda, luego se sentaba el Venerable Lego en un banquillo como Maestro, y el P. Fr. Antonio postrado á sus pies le decia sus culpas; y diciéndole lo que Dios le

dictaba, se tendia en el suelo el Venerable Prelado, y el otro le pisaba la boca el espacio de tres Credos, y alternando el otro el mismo ejercicio, hacian otros, y estaban en oracion hasta Maytines. Concluidos estos, y la hora de oracion de Comunidad, se baxaba el Venerable Padre con los Religiosos que querian acompañarle, para andar en la Iglesia la Via-Sacra con una Cruz á cuestas: ésta, en las festividades de Maria Santísima, se conmutaba en el Rosario de quince Misterios, pausando en cada Parte, para la meditacion de ellos. El tiempo restante hasta Prima lo empleaba en la leccion que le era mas precisa, ó en alguna obra de caridad.

Despues de Prima se baxaba al Confesionario, en donde, sin aceptacion de personas, dirigia personas espirituales, y confesaba pecadores, dando á todos el remedio de sus necesidades, y alentándoles al servicio de Dios. Para lograr mas tiempo en tan útil y santo ministerio, aliviando tambien á los Religiosos de la mortificacion que es para algunos decir la Misa tarde, se hacia cargo de la última, si no tenia que predicar en ella; y sin tomar mas desayuno que la ablucion del Altar, proseguia confesando, ó iba á disponer á algun enfermo hasta la hora de Refectorio. Ayunaba todo el año, á excepcion de los Domingos; y así, no tomaba mas que el caldo y las yerbas, absteniéndose de carne y de pescado en todo tiempo. Las vigalias de Christo Señor nuestro, y de Maria Santísima, y de otras Festividades, entraba con Cruz, Soga, y Corona de espinas, y decia sus culpas al que presidia, pidiéndole la penitencia de ellas con humildad tan profunda como edificativa.

La siesta la gastaba en leccion

y oracion hasta Visperas, y despues de estas, asistia á la Conferencia moral, al Confesionario de penitentes, que lo venian buscando desde muy léxos, ó al de los enfermos que lo pedian; y el tiempo que podia lograr, lo anticipaba á las Completas, en el qual le vieron fuera de sí en elevada oracion, varias veces, los que iban á tocar las campanas: asistia en Comunidad hasta ir á hacer su colacion, y despues á la disciplina, no faltando ni á las del Noviciado, como si fuera un Corista. Era en las ceremonias de la Iglesia y de la Religion exáctísimo; pero sugerido de su humildad, quando llegó al Colegio pidió en la Comunidad que le perdonaran los defectos que podia cometer, y con llaneza se los corrigieran, pues con tantos años que habia estado entre los Bárbaros, era fuerza que tuviera olvidadas muchas de las costumbres religiosas: pero lo que todos advirtieron fue, que en su porte, y en las advertencias que hacia á los Coristas, no parecia sino un exemplar vivo del Religioso que el Doctor Seráfico pinta en el Espejo de disciplina.

Con este invariable tenor de vida, daba delineada la imágen viva de la perfeccion religiosa, que mudamente reprehendia qualquiera falta que pudiera parecer contra la Regla, Constituciones ó Bulas; y quando era necesario reprehender algun abuso ó corruptela, lo hacia con aquella suavidad que es hija del verdadero amoroso zelo, que hace florecer la piedad sin marchitar el valor; pero quando este le dictaba algunos convenientes órdenes, les intimaba de modo, que mas sonaban á ruego que á dominio, porque queria una especie de sujecion, que siendo muy apacible, fuese tambien eficaz, y alentase á los per-

fectos á aspirar á la mas excelente via de la perfeccion, y animase á los flacos al ejercicio de las virtudes: por eso no solo evitaba el zelo amargo para advertirles sus defectos, sino que lo hacia con caridad tan oficiosa, que muchas veces le daba el Señor luces para revelarles aun los más reservados secretos que ocultaban sus corazones, sobre lo que se refieren varios casos, y solo se diran dos para no ser prolixos.

En cierta ocasion estaba un Religioso sumamente afligido y pensando volverse á su Provincia, y quando ya la tentacion que tenia de desertar del Colegio llegó al grado de congoxosa tristeza, que le impedia poder comunicarla con persona alguna, se le entró el Venerable Guardian á la Celda, y descubriéndole todos sus pensamientos y errados intentos, con saludables consejos desbarató el obscuro nublado de su desconsuelo, y le aseguró que no era voluntad de Dios lo que pensaba; sino que muriera en el Colegio, como sucedió antes de cinco años. Otro muy abstinente y enfermo del estómago, quando se veía, en el trabajo de recoger por la Ciudad la limosna, muy débil y fatigado, solia tomar en casa de un bienhechor un poco de vino: supolo el Venerable Padre, y zelando aun en lo muy lícito el buen exemplo, le mandó que no volviera á tomar vino en el siglo, sino que viniera á socorrer su necesidad en el Colegio; pero ofreciéndose un dia que un bienhechor le brindara con una racion de vino, la recibió, discurriendo que el precepto era de no beberlo delante de ninguna persona Seglar; y como la debilidad le apuraba, llegando en su limosna á las orillas del rio, debaxo de un árbol se vió solo, y la re-

medió con el dicho socorro. Vino al Colegio, y al tomar la bendición al Prelado, le dixo: «¿No sabe su Caridad, ó no ha oído decir que los árboles tienen ojos? ¿Qué le pareció que no le habian de ver beber vino? ¿Así me trampea el precepto?» Quedó el Religioso confuso, pero refirió todas las circunstancias dichas, que hacen admirable el caso.

Uno de los mayores esmeros del Venerable Prelado, era atender á las necesidades corporales de sus Súdidos, proveyéndoles de todo lo necesario para la decencia de la vida religiosa, en que, sin exceder los límites de la santa pobreza, tuvieran socorrida qualquiera indigencia; y si los sanos lo experimentaban Padre en su socorro, los enfermos veían en él unas entrañas de amorosa Madre para su consuelo y alivio. A este fin hizo fabricar la Enfermería, y se puede inferir muy bien qual sería la conmiseración, asistencia y desvelo que tendría con los Religiosos enfermos, por la caridad que tuvo con un pobre desvalido. Andaba este por la Ciudad, arrastrado en un carretón, por estar todo llagado, y haciéndole conducir al Colegio, le abrigó en una Celda, y acompañado del V. Fr. Antonio de los Angeles, le limpió los gusanos, lavó las llagas, empleando en esto sus ojos, manos y lengua, y quantos ratos podia, eran recreación de su espíritu las asquerosas llagas de su enfermo, el que sanando de ellas, murió de otros accidentes, asistiéndole el Venerable Padre, y administrándole los Sacramentos, hasta la última agonía y oficios de sepultura.

Todo el porte de vida del Venerable Padre que hasta aquí se ha dicho, era en lo exterior, para la edificación y exemplo de sus Súbdi-

tos, pero en lo interior, para merecer las luces del Señor en su gobierno: además de los ejercicios de caridad con que les encomendaba á su Magestad para que les favoreciera con sus auxilios, añadía otros de mortificaciones muy penosas. Tenia en la Celda en dos clavos grandes, dos argollas en proporción, que se ponía en cruz asido de ellas quantas horas podia desocuparse de sus personales asistencias, y con tal disimulo, que parecia servian de colgar en ellas algunas cosas. Allí estaba en oracion profunda y meditacion tierna de su Amor crucificado, la que le era tan familiar, que hasta en los caminos se atravesaba el báculo por los hombros como que descansaba, y no era por su continuacion, sino un modo de mortificarse bien penoso. Llevaba de continuo un juboncillo de cerdas, que dándolo á remendar á una persona de su confianza, aseguró que hasta gastadas tenia ya las puntas.

Lo mismo sucedió con unas faldas, en que tenia sembradas unas rosetillas de fierro en forma de estrellas, que para andar, sentarse ó hincarse, le eran de duro tormento, y se hallaron tan desfiguradas, que no parecian lo que eran. La faja con que se ceñía la cintura, era ancha, de alambre con puntas, pero con el continuo uso, se le hallaron todas embotadas. Usaba de cosas insípidas para el gusto, y traía en la boca un palillo muy amargo que le tenia el paladar y la lengua en corrosivo tormento; y quando no podia excusarse de comer algunos manjares, por evitar la nota, con disimulo les ponía tanta sal, que les desazonaba del todo, y si podia, tomaba un pimiento acre y picante, que le hiciera perder el sabor de qualquier manjar, aunque fuese rega-

lado: con esta estratagemá satisfacía á la curiosidad ó al afecto de los que le convidaban y le era necesario atender, sin faltar á la mortificación que observaba, y así solia decir: «Es fuerza hacerse á todos, porque les parece á algunos que para ser Santos no se ha de comer. No está en comer, beber y dormir, sino en ser bellacos para mortificar el cuerpo, y alentar los flacos y tímidos de seguir la perfeccion. Muchas veces me ha hecho el Señor el beneficio de tomar una cosa dulce y de su naturaleza regalada, y gustar yo en ella un caliz de amargura, y de esto hace mucho el Señor con Fr. Antonio.» Enfasis es este, que equivale á muchas expresiones.

Lo mas notable es, que de sus rigores penitentes nunca dió otro argumento que el que involuntariamente le solia salir al rostro, pero siempre le disimulaba con la alegría y afabilidad de su genio, porque quería que su mortificación fuese aquella rosa cuyas espinas miran solo hácia dentro, dexando hácia fuera la fra-

grancia; pues de lo contrario, la mortificación se hace sospechosa y tiene poco de caridad: por eso, aunque zelaba como Pastor vigilantísimo el recogimiento de su rebaño, si tal vez reconocia alguno entristecido, no hallaba medio que no practicara para su consuelo; y si le consideraba oprimido de la mucha clausura del Colegio, le buscaba de propósito, y le encomendaba alguna diligencia para que le sirviera de desahogo. Así lo practicó con un Religioso Cocinero, que siendo de genio muy festivo, necesitaba tal vez de ese alivio, y llegando á la ventana de la Cocina, le dixo: «Hermano, vaya con su Compañero á buscar unos platos de li-mosna, que habrá necesidad por los muchos que quiebran los Coristas.» A este modo, sin faltar á los Estatutos del Colegio, daba este prudente Prelado á todos los que veía oprimidos, el permitido ensanche que era posible; de suerte, que la cruz que en su hombro era peso, para los demás era de alivio.

CAPÍTULO XII.

Como desempeñaba el P. Fr. Antonio, siendo Prelado, las funciones del ministerio apostólico.

Maxima autorizada en las Bulas Apostólicas es, «que no descaecerá de su esplendor el loable ministerio de los Misioneros, con el cúmulo de todas las virtudes y exacto progreso de la oracion, perfeccion y solidéz de la estrechísima observancia de nuestra Regla; pues aunque para alcanzar y observar toda esa perfeccion religiosa, sea necesaria una abstraccion

total del siglo y del comercio con el Mundo, que es incompatible con los ministerios que les exige el Instituto; antes bien, si es Dios servido, por esos mismos ejercicios se manifestará cada día mas perfecto; porque siendo su único objeto el ganar con su industria almas para Dios, arrancar con su solicitud las adulterinas plantas, sembrar en la mies del Señor las virtudes, y ex-